

Basteme, amados míos, el haberos propuesto estas breves reflexiones sobre el misterio de la Transfiguración considerado en sí mismo, y apresuremonos á meditar el segundo punto que me propongo explicaros, á saber :

II. *Que este misterio fué figura é imagen de la transfiguración gloriosa de los escogidos en el cielo.* — Verdad indudable es, en efecto, que los bienaventurados resplandecerán en el cielo durante toda la eternidad, como otros tantos soles, después de su resur-

el ardor y apresuramiento posibles obraríamos acaso de diferente modo que ahora lo hacemos para imitarle y obedecerle, puesto que, para humillarnos es preciso que algun extraño se mezcle en el asunto y que, si de nosotros solos dependiera, no tendríamos necesidad sino de nuestra voluntad propia para colocarnos en los primeros puestos? « Avergüenzate, pobro soberbio y miserable, exclama san Bernardo : un Dios se humilla y tú te ensalzas ; si tienes vergüenza, oh hombre, de imitar á otro hombre, no te desdienes al ménos de seguir el ejemplo de un Dios que se humilla Él mismo por tí y que deja al cuidado de su Padre el glorificarle. » Hom. 5. sup. *Missus est.* — Buscar debemos la humillación y el anonadamiento, mas esperar debemos que otros se emargaran de ensalzarnos sin que nosotros lo esperemos ni deseemos no consintiendo tampoco en ello sino cuando de esto deba resultar algun bien ó utilidad al prójimo ; « como el Salvador que fué transfigurado sino para consuelo de los apóstoles, por el temor y dolor que experimentaban ya aguardando su próxima muerte, y para fortalecerles en la fé en su divinidad ». S. Crisostomo. hom. 57 *in Matth.*, y para sostenerlos con la esperanza de gozar por siempre de la misma gloria de que brilla hoy en presencia de sus apóstoles. El misterio de la Transfiguración debe ser, en efecto, para nosotros gage de gran confianza, considerando la gloria del Salvador, nuestro Jefe y Maestro ; y considerando además en su propia gloria la que para nosotros mismos debemos esperar : pues, si en el brillo y resplandor de ese rostro divino que parecía un sol, vemos una imagen de la suya en sus vestiduras, dicen los Padres, que se quedan blancos como la nieve, vemos un rayo y figura de la nuestra propia (Monmorel, *Hom.* 2. sem. de Cuar. lunes.).

rección, como se desprende de la formal promesa del mismo Salvador. *Entónces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre*¹. Y como después de la resurrección de la carne los cuerpos se verán á su alma unidos, los justos resplandecerán necesariamente á un mismo tiempo en su alma y en su cuerpo, lo que, para que se comprenda bien ha de explicarse separadamente.

Primeramente brillarán los justos en su alma ¿ Qué quiere decir esto ? Decir que un alma brilla ó resplandece, es evidentemente hablar en sentido figurado, puesto que se atribuye al espíritu una cualidad que cae bajo la impresión de los sentidos materiales y que no conviene, por lo tanto, mas que á la materia, esto es, al cuerpo. Mas, como lo que brilla ó resplandece, por ejemplo, los prados y las flores, un cielo despejado, un sol hermoso, expresa la satisfacción y alegría ; así como por el contrario lo obscuro tal como lóbrega caverna, amontonadas nubes, oscura noche, parece como que oprimen al corazón, le entristecen y espantan, hé aquí por que cuando se quiere expresar que un alma está alegre, inundada de gozo y de felicidad, se dice que resplandece ; y puesto que el sol es lo que mas brilla y resplandece en este mundo, cuando decimos que un alma resplandece como el sol, queremos significar que es tan feliz cuanto concebirse puede. Por tanto, cuando con el Señor os digo que los justos resplandecen en el cielo como el sol, ya comprenderéis ahora que esto quiere decir que allí serán dichosos con completa y perfecta felicidad.

Mas ¿ cuál será la causa y el origen de esa fidelidad para el alma del justo ? — Será en primer lugar la visión clara y sin nube de la esencia y perfecciones de Dios. Los bienaventurados verán á Dios en efecto, y le verán, no de un modo abstracto y oscuro, sino de una manera clara, intuitivamente y perfectamente *tal cual es*², dicen el apóstol san Juan. A lo que añade san Pablo, que le veremos, no como en un espejo ó por medio de enigmas, sino *cara á cara*³ y completamente sin que nada nos le oculte. Leemos en la

1. Matth. XIII, 43. — 2. I. Joan. III, 2. — 3. I. Cor. XIII, 12.

Escritura Santa que la reina de Saba, consideraba dichosos á los oficiales del palacio de Salomon porque podian contemplar á su sabor el rostro de aquel príncipe que hacia las delicias de la tierra¹. ¿Y qué era Salomon? El rey de un pais reducido, un príncipe mortal y de tan frágil sabiduría que primero cayó en repugnantes vicios y despues en la idolatría. En cuanto á su tan decantada magnificencia, no igualaba, segun expresion del Señor mismo, á la de los lirios y á la de cualquier tallo ó flor de nuestros campos². Si á pesar de todo esto la reina de Saba consideraba dichosa la suerte de aquellos que contemplar podian á toda hora el semblante del rey; que diremos nosotros de la felicidad de los bienaventurados que contemplan eternamente el semblante de Dios, rey de la creacion y de los tiempos todos, sabiduría increadas, antidad inefable, esplendor que oscurece todo brillo y resplandor y que jamas se nubla³!

1. III. Reg. x, 8. — 2. Matth. vi, 29.

3. Tal vez se diga ¿Cómo puede ser que la flaqueza de la humana inteligencia pueda elevarse hasta el extremo de alcanzar tal altura que contemple esta naturaleza sublime y supracestial, no en enigma ni como en un espejo sino al descubierto y cara á cara? Segun los filósofos para comprender las cosas, precisanos ver imágenes de las mismas; sin cuyo requisito no podríamos comprender nada. De aquí procede que no podamos formarnos idea de la substancia del menor de los ángeles, por carecer de una imagen que nos le represente. Además, lo que aún es mas digno de admiracion, no podemos comprender la substancia de nuestra propia alma, que tenemos sin embargo dentro de nosotros mismos, en virtud de la cual vivimos, nos movemos, cuya accion en nuestro ser estamos á cada paso viendo; y eso porque no tenemos su imagen; ¿Cómo pues podrá elevarse nuestro entendimiento hasta el punto de ver á ese Espíritu supremo del que ninguna cosa creada puede expresar la naturaleza? — A esto contestan los teólogos: Dios mismo en su patria celestial, se unira de un modo inefable á nuestra inteligencia, presentaráse á nuestra contemplacion de un modo inteligible, de manera que será el objeto que veremos y el principio en virtud del que veamos. Iradiará sobre nuestra alma una nueva y brillante

La vision beatifica de Dios y de sus perfecciones dá á los bienaventurados el conocimiento exacto y perfecto del Señor, lo cual es origen de nueva felicidad. En este bajo mundo no conocemos á Dios sino por lo que nos dice la Escritura Santa; Conocimiento sumamente imperfecto!; Cuán impotente es en efecto la palabra para dar una idea algo exacta aún de aquellas cosas mas insignificantes! Él que no conoce el mar, por ejemplo, sino por lo que del mismo ha oido decir; ¿sabe bien lo que es?; El ciego, sobre todo de nacimiento, podrá formarse una idea aproximada del sol por mucho que uno se lo explique? Y estos sin embargo son objetos ó cosas sensibles que caen bajo el exámen de nuestros sentidos; si la palabra humana, por tanto no ayudada por la vista, no puede dar á conocer estas cosas materiales sino de un modo hasto imperfecto, ¿cuánto mas imperfecto será el conocimiento que pueda procurarnos de las cosas espirituales y sobre todo de Dios! Mas, en el cielo ya no se dirá á los bienaventurados lo que es Dios sino que lo verán ellos mismos con sus propios ojos y por lo tanto le conocerán de un modo exacto y seguro. Conocerán su naturaleza y como Dios existe por la necesidad misma de su existencia; sabrán que siendo Ser perfectísimo, cada una de sus ideas es una realidad, cada uno de sus pensamientos una ley, cada acto de su voluntad un prodigio, verán como siendo Dios principio y fin de todas las cosas es

luz y la elevará por cima de su natural poder, afin de que iluminada por Él pueda percibir ese sol deslumbrador. Esto mismo es lo que expresa el profeta con estas palabras. *En nuestra luz veremos la luz.* Ps. xxxiv, 10. Esto mismo es lo que los teólogos llaman la luz de gloria. Si permitido nos fuese emplear un termino de comparacion, en una cosa tan grande diríamos que esto es á modo de un antejo. Pues así como el antejo sirviendo á una vista débil ó cansada le hace ver lo que el ojo solo de por sí apercibir no puede, así tambien esta brillante luz de gloria iluminará de tal modo nuestra inteligencia, la elevará de tal modo por cima de lo que puede alcanzar que la pondrá en condiciones de llegar á la contemplacion de la divina perfeccion y hermosura.. (Granada, *Serm*, II dom, de Cuar. serm. 2).

de tambien principio y fin de sí mismo : comprenderán, enfin, como lo que parece estar á la humana razon tan débil, en contradiccion en Dios, es por el contrario harmonia sublime : como por ejemplo, como y por que es tan antiguo y no tiene edad ; como siempre es nuevo y no tiene principio ; libre, y no cambia jamas ; inmutable, y nunca es el mismo ; como puede enternecerse sin conocer la debilidad, castigar sin irritarse, arrepentirse sin dolerse, quejarse sin experimentar tristeza : como y porque ese supremo Dios existe siempre sin verse limitado por tiempo alguno ; está presente en todas partes sin verse circunscrito á lugar alguno ; todo lo mueve sin que movimiento alguno le agite ; todo lo cambia sin que mutacion alguna le cambie ; lo prevé todo, sin que ninguna prevision le turbe ; todo lo gobierna sin que empresa alguna ó proyecto le preocupe ; en todo obra y de todo se ocupa sin que trabajo alguno le fatigue ; en fin, como y porque á todos se comunica sin que ninguna de estas comunicaciones le amengue : como y porque dá á todos sin que estas dadivas lleguen á empobrecerle. Si pues todo conocimiento encierra en sí un placer, como lo proporciona el conocer á fondo la filosofía, ó las letras y las artes, ó simplemente su oficio ¡ qué placer no experimentará el alma al conocer á Dios en quien se halla reunido todo lo mas bello y agradable de cuánto conocerse puede ! ¡ Qué gloria, qué gozo, el conocer en un instante sin esfuerzo ni estudio, nada mas que dirigiendo á Dios su mirada, mas verdades mil y mil veces que todas cuantas han sido y podrán ser descubiertas tras de largas y laboriosas reflexiones durante el transcurso de todos los siglos, por los ingenios mas grandes de la humanidad !

Mas, ver y conocer á Dios no es lo que constituye la completa felicidad de los bienaventurados. Al verle y sobre todo al conocerle le poseen y esto constituye para ellos una felicidad todavia mayor. ¿ Los que conocen una ciencia á fondo, no dicen, en efecto, que la poseen ? ¿ Poseer, no significa, ademas, algo mas que conocer ? Puede uno saber, por ejemplo en que consiste la riqueza, que cosa es la fama, sin poseer bienes de fortuna, sin ser famoso. Los de-

monios, lo mismo que los condenados ¿ ignoran acaso lo que es Dios, por haberle visto, los primeros en el cielo, los segundos el dia de su juicio, y no le poseen sin embargo ? Pudiese, por lo tanto, conocer sin poseer, y en este caso lo que se conoce sin poseerlo es un bien, es uno mas desgraciado por haberlo conocido que si uno lo ignorara, es decir, que el conocimiento, en vez de causarnos goces como sucede generalmente en este caso, es causa de sentimiento y pena. Esto es lo que les sucede á los demonios y condenados, cuyo mayor suplicio consiste precisamente en haber visto y conocido á Dios y el verse ya para siempre privados de su vista. El que despues de haber tenido vista la pierde es mucho mas desgraciado que el que habiendo nacido ciego no la tuvo jamas. Mas, en el cielo los bienaventurados conocen á Dios y le poseen. El mismo conocimiento que de Dios tienen es causa de su posesion. Poseen á Dios cuanto una criatura poseer puede á su Criador, con la comprension de su alma ; abarcanlo con su pensamiento, le penetran con su inteligencia de Dios. Si la posesion de los bienes perecederos nos procura tan vivos goces y satisfacciones, ¡ cual no será el gozo, el contento, la felicidad que á los bienaventurados produzca la posesion de Dios ! En este miserable mundo por muy viva que sea la alegría y goce que nos proporcione la posesion de tal ó cual bien, de un traje, por ejemplo, de una habitacion, empleo, acontecimiento grato, este goce y alegría no son completos, pues siempre van acompañados de algun otro deseo no satisfecho, ó por lo ménos del temor de que ocurra algo que venga á turbar y acibarar nuestra felicidad. Pero, en el cielo, los bienaventurados, al poseer á Dios, poseen los bienes todos, sin que tengan nada absolutamente que desear ; y los poseen con la certeza de no perderlos ya mas y de gozar eternamente de los mismos ¹.

1. Dicen los teólogos que en este gozo ó júbilo de la bienaventuranza, gozo que produce la vision de la perfeccion divina, no existe sucesion, como no la hay tampoco en la perfecta y suprema naturaleza. Para Dios todo lo que ha existido existe aún, todo lo existe está ante Él sin experimentar cambio alguno, todo lo que ha de ser, presente lo tiene.

Los bienaventurados finalmente, en el cielo á causa de la vision beatifica, de la comprension de Dios y de la posesion que del mismo gozan, son á Dios semejantes, segun se desprende de estas palabras del apóstol san Juan : *Cuando Dios se muestre, sin nubes á nuestra vista, serémos semejantes á Él*¹.

« Para comprender este misterio, dice el celebre orador ántes citado, estudiemos la sublime doctrina de Santo Tomás. Segun dice ese inimitable genio, es tal la naturaleza del entendimiento,

Cualidad exclusiva de la eternidad es, que existe toda entera simultaneamente ; es que en ella nada hay de anterior ni posterior. La gloria de los santos que procede de la vision beatifica, reflejá á su manera esta grandeza, esta excelencia de la eternidad ; el gozo que procura es sin sucesion, percibese todo entero simultaneamente, sin disminucion ni crecimiento ; de manera que el gozo de toda la eternidad experimentase todo entero en todo momento. Si mi modo de hablar es obscuro, voy á tratar de hacerme mas inteligible valiéndome de un ejemplo familiar. En las grandes comidas sirvense manjares escogidos, cada plato tiene su propiedad distinta, un gusto especial. Si el festin se prolonga, los placeres de la mesa se suceden unos á otros á traves de multitud de condimentos variados y exquisitos. Figuraos ahora, aún cuando esto, no sea posible en esta vida, que el primer plato ó manjar del festin, ó mejor aún. que el primer bocado que aportais á nuestros lábios, encerrase en sí, todos los placeres, todos los sabores y gustos que debian saborearse durante et banquete todo. En ese caso dicho placer encerraria en sí todos los otros y en un solo momento agradaria al paladar tanto cuanto los demas platos pudieran haberle agradado durante el convite todo. A la ayuda de una comparacion tan grosera como indigna de la magestad y grandeza de estas cosas que tratamos, podrémos tener una idea aproximada del gozo ó júbilo que se experimentará al contemplar tan soberano bien. En el cielo nade de sucederse las alegrías, sino que la alegría y el gozo presente siempre es el mismo por una eternidad de eternidades, ya lo hemos dicho, en todo instante á cada momento (Granada, *Serm. II. dom. de Cuaresma, serm. 2.*).

1. I. Joan. III, 2.

que se hace semejante á cuanto llega á conocer cuanto mas perfecto sea él conocimiento que tenga de una cosa, mas perfecta será su semejanza con aquello que conoce ; de manera que acontece, aún en este mismo mundo que la cosa conocida se repite por el acto mismo de conocimiento tan perfecto y se reproduce intencionalmente en el espíritu que la conoce ¹. Pues bien, como los bienaventurados conocen á Dios de una manera clara, no solo en sus obras, sino en su naturaleza, tal cual es en sí mismo, *sicuti est*, y le conocen con conocimiento no exterior, ni accidental, superficial y pasajero, sino interior, esencial, profundo, permanente ; así por el acto mismo de un conocimiento tan perfecto, Dios, sus naturaleza, sus atributos, sus perfecciones se retratan, se imprimen, reproducen, graban y repiten en el espíritu de los bienaventurados, que absortos en la contemplacion de la belleza infinito transformanse y se hacen semejantes al gran objeto que contemplan.

Ya, anteriormente á santo Tomás, explicadonos habia el Apóstol de los gentes ese misterio sirviéndose de bellísima comparacion. Así como un espejo, dice, colocado en frente de un objeto cualquiera retrata en sí su propia imágen ; lo mismo nosotros, semejantes á luminosos espejos, purificados, embellecidos é iluminados por la gracia, nos verémos colocados ánte Dios pudiendo contemplar sin velos ni sombras su magestad divina y retratando en nosotros ese sublime original, en virtud de su divino espíritu, quedarámos convertidos en imágen clara y perfecta del mismo Dios. No comprendemos bien como podrá suceder esto ; pero no podemos dudar ni un solo instante de que así ha de suceder.

« ¿ No veis tambien, amados míos, que en este mismo momento en que os hablo, la verdad que os anuncio se repite y reproduce, sin dividirse ni alterarse, sino entera, en cada una de las inteligencias de los que benevolamente me escuchais ? ¿ No vemos acaso que el rostro de un hombre, que se mira en un espejo roto en mil

1. Intellectus intelligendo, fit omnia. — Omne cognitum est in cognoscente. — Id fiunt quod vident.

pedazos se refleja y reproduce en todos y cada uno de ellos? Pues bien, la figura ó imágen de Dios, dice santo Tomás, sin dividirse ni alterarse, se reproduce entera y perfecta en el espíritu de los bienaventurados que en el cielo le contemplan ¹.

« Mas, este parecido de los santos con Dios, no se limita solo, dice san Agustin, al conocimiento, sino que se extiende tambien al amor. Dios en el cielo, está enteramente en todos; comunicare y reproducere no solo en el espíritu, sino tambien en el corazon de todos los bienaventurados, y todos son atraídos por su amor; así es que todos los bienaventurados están siempre inflamados en el amor de Dios por incesantemente sin interrupcion contemplándole están ², es decir que la felicidad de ver á Dios sin velos ni sombras nace ó se deriva la necesidad de amarle libremente sin tasa ni medida. ¿ Sería posible conocer y contemplar una hermosura y perfeccion infinita, en toda la magnificencia de su amabilidad, perfecciones y encantos sin amarla? Verémos y amarémos, continúa diciendo el gran doctor. La vision beatífica de que gozan los santos no es una vision abstracta, sin interes, ni sentimiento, sino que es, segun admirablemente dice el Eclisiastes, una profunda actualidad de la inteligencia unida á una perfecta adesion del corazon y el alma por lo tanto fijare en esta infinita hermosura que la atrae con todas sus fuerzas con todos sus afectos, con toda la eficacia é impetuosidad, ardor y entusiasmo de que es capaz ³. Las llamas del amor divino que, en virtud de un flujo y reflujo, por medio de un eterno movimiento, vence recibidas y trasmitidas por Dios al alma y del alma á Dios, llevan á cabo este misterio, en virtud del que el

1. Nos autem revelata facie gloriam Dei speculantes, in eadem imaginem transformamur, tanquam a Domini Spiritu (II, CXX. III, 48). — Sicuti apparent diversæ facies in speculo fracto.

2. Deus est ibi omnia in omnibus: quem sine fine vident, et videndo in ejus amore ardent. — Videbimus et amabimus.

3. Dilectio Dei, honorabilis sapientia: quibus autem apparuerit in visu, diligunt eam in visione, et in agnitione magnalium suorum (Eccl. I, 15.).

alma al recibir y devolver de Dios y á Dios un mismo amor, y permitareme la expresion amalgamándose en Él ó uniéndose intermamente con Él del modo mas intimo y perfecto que unirse se pueda, está toda en Dios y Dios todo en ella: así como el objeto conocido se reproduce en la inteligencia así tambien, el objeto amado reproducese en el corazon que ama á causa de la naturaleza del amor ¹. ¿ Será pues posible que el corazon lleno de Dios, rodeado de llamas de infinita caridad, no refleje en sí mismo su semejanza con Dios? No dice san Pablo, el que á Dios se une por medio de la caridad, queda convertido en un mismo espíritu en una sola cosa con el mismo Dios ². Así como por ejemplo un hierro, en honaza, torna en cierto modo el brillo, el color y naturaleza del fuego hasta el extremo de confundirse con él; así tambien el bienaventurado, perdido y confundido en el fuego abrasador del infinito amor de Dios, reviste la semejanza de este amor y queda semejante á Dios, segun se expresa san Agustin.

« ¡ Oh feliz condicion la del hombre que logra conquistar el cielo! exclama san Buenaventura. Las miserias y debilidades humanas no caben allí; el fuego del amor divino las absorve, destruye y trueca en cualidades celestiales. Allí no es ya el hierro que se trocó en fuego, sino la tierra ó el barro, mejor dicho, que se transforma en Dios ³. ¿ Qué hay despues de todo de extraño en todo esto si el amor divino, diseminado en cierto modo y medida acá en el mundo en el corazon de los justos, les hace, segun dice san Pedro, participantes y como asociados á la divina naturaleza? ¡ Cuánto mas intimas y perfectas serán esta participacion y asociacion con la naturaleza divina en el estado de gloria en el que el divino amor no solamente será inculcado en el corazon, sino que le rodea, penetra y llena por completo con sus fuegos! No se trata en el cielo, dice san Gregorio Niceno, de una participacion imperfecta,

1. Omne amalum est in amante, sicut cognitum est in cognoscente.

2. Qui adhæret Deo, unus spiritus est (I. Cor. VI, 17).

3. O amor qui me fecisti divinum; qui me luteum in Deum transfigurás (S. Bxnav.).